

BIBLIOGRAFIA

Buonocore, Domingo. — *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires.* — Buenos Aires 1944. 8º - 148 páginas.

Hace meses que esta simpática lucubración, valorada con expresiva dedicatoria rubricada por su autor a 22 de junio de 1944, yace sobre nuestra mesa de estudio. Aunque leímos todo el tomito no bien llegó a nuestras manos, nos abstuvimos de emitir nuestro juicio sobre sus méritos y deméritos, porque pocas veces hemos hallado reunidos en un solo volumen tantos errores, tantas inexactitudes y tantos asertos sin base o fundamento alguno. El señor Buonocore dedica un capítulo a la época colonial y cinco a los tiempos posteriores a 1810, siendo estos postreros capítulos tan interesantes y eruditos, tan amenos e instructivos, como deficiente, falso, confusionista y hasta contradictorio es el capítulo primero. Ya el primer párrafo de ese primer capítulo indica la desorientación de su autor:

El movimiento bibliográfico había sido casi nulo durante la época colonial, esto es, desde 1500 hasta 1810, algún que otro libro había aportado a América, pero tan pocos que casi se puede decir que no hubo importación alguna de libros. Tal es el sentido de ese aserto, pero agrega a continuación el señor Buonocore: no obstante que, según lo prueban documentos fehacientes, desde 1501 empezaron los envíos, cada vez más frecuentes, de libros impresos con destino a América.

El movimiento bibliográfico había sido casi nulo, no obstante haber ido en incremento continuo desde 1501 hasta 1810. ¿No es esto una contradicción en los términos, como dicen los escolásticos? Ciertamente esos asertos, los dos primeros que hace el autor, y con los que abre el texto de su monografía, dejan perplejo al lector. Sólo con un esfuerzo de buena voluntad se pueden interpretar así:

Hasta la fecha, los escritores ignorantes y poseídos de prejuicios, hoy día felizmente abandonados y abominados por todos los estudiosos, han afirmado que el movimiento bibliográfico había sido casi nulo durante la época colonial, pero según lo prueban documentos fehacientes, desde 1501 empezaron los envíos, cada vez más frecuentes, de libros, a tal punto que al par que crecía la población fué creciendo el movimiento bibliográfico.

el cual llegó a ser enorme y de toda clase de obras, las que eran leídas con avidez por las personas de aquellos lejanos tiempos.

También requiere exégesis el segundo párrafo de este librito, puesto que es un verdadero rompecabezas:

Sevilla y Medina del Campo, en España, tuvieron prácticamente el monopolio del comercio librero con el continente hasta el siglo XVIII, en que Madrid y Cádiz le suceden en ese privilegio.

¿De dónde proceden noticias tan peregrinas? ¿Qué entiende el señor Buonocore por monopolio? ¿Qué fuerza asigna a ese adverbio prácticamente? ¿Ese monopolio era un privilegio? ¿Cádiz, después del siglo XVIII, hereda a una con Madrid, ese curioso privilegio? Todo esto es tan infundado como el aserto de Gess, de que El Escorial tenía el monopolio de los libros de texto, y tan gratuito como el aserto de Alvarez, quien asevera que sólo podían venir a América trisagios y novenas, y tan cómico como las aseveraciones de aquellos que nos informan que sólo entre gallos y medianoche, y oculto bajo la sotana de algún cura liberal entraban los libros científicos al país.

El famoso librero impresor de Sevilla, Juan Cromberger, obtuvo licencia exclusiva desde 1523 hasta 1552 para introducir y vender libros en México, como, asimismo, para tener imprenta en esta región. En cambio, para Tierra Firme y el Perú, el comercio de libros se hizo libremente.

Este parrafito sigue a continuación del anterior, y contiene asertos infundados y erróneos, ya que ni Cromberger ni librero alguno de España obtuvo "licencia exclusiva" para introducir y vender libros en Méjico, que con el fin de perfeccionar y abaratar los libros, privó a aquel taller tipográfico tuvo, como era obvio, un "privilegio por tiempo señalado", privilegio que había obtenido de S. M. el Obispo Zumárraga. Y ese privilegio duró desde la instalación de la imprenta en 1523 hasta la R. C. de 1553, que con el fin de perfeccionar y abaratar los libros, privó de aquel taller del tal privilegio. La importación de libros en Méjico se hizo tan libremente como en Tierra Firme y en el Perú, y no había para que hacer distinguos.

Como sintiendo el haber escrito que "para Tierra Firme y el Perú, el comercio de libros se hizo libremente", agrega el señor Buonocore:

Pero todo ello hubo de durar poco tiempo, pues la metrópoli estableció para sus colonias un severo régimen de policía del pensamiento escrito que se ejercitaba por virtud del requisito de la licencia para leer libros prohibidos y de la censura eclesiástica para los que tratasen de América.

Si el severo régimen de policía sólo se refería a los libros prohibidos y a los que trataban de América, apenas vale la pena mencionarlo puesto que los libros de una y otra categoría fueron bien pocos, ni el uno por ciento de los libros a importarse. Por otra parte, se podrían leer los libros prohibidos, con la debida autorización. Los referentes a América ¿requerían censura eclesiástica? Es una noticia nueva y bien peregrina.

Desde el año 1531 —fecha de la promulgación de la más antigua Real Cédula que conocemos— se suceden periódicamente las leyes prohibitivas de libros de romance o imaginación, por temor de que los indios se entregaran a la lectura perniciosa de los profanos y abandonaran, en cambio, los catecismos que debían operar su conversión católica".

Periódicamente se sucedían las leyes prohibitivas de libros de romance o imaginación, pero en una nota se dice que "entre las obras literarias españolas más difundidas y leídas en América, son dignas de recordar, además del Amadis de Gaula, La Celestina..., el Lazarillo de Tormes..., la Galatea..., el Quijote..." Otra vez la antinomia, de la que tanto abusa el señor Buonocore. Véase otra prueba:

El tribunal de la inquisición de Sevilla tenía a su cargo la tarea de practicar la requisa y expurgo de los libros que se destinaban a América. Hase comprobado, sin embargo, que a pesar de la estricta censura y del celo de los empleados reales, se introdujeron, en forma clandestina, muchos impresos prohibidos...

El afán de sostener los viejos prejuicios y los infundios de otrora llevan al autor a estas contradicciones palpables e inexplicables en un historiador. No ha tenido la valentía de decir la verdad que en este caso habría tenido que expresarse en esta forma:

El tribunal de la inquisición de Sevilla tenía a su cargo la tarea de impedir que pasaran a América los ejemplares de algunos de los pocos libros que estaban prohibidos y que, por otra parte, tampoco estaban para la venta en las librerías de la Península. Fué escasa la labor de la Inquisición en esta materia y con una amplitud de espíritu que le honra, dejaba pasar a América muchos libros que los escritores superficiales de nuestros días consideran heterodoxos o revolucionarios, pero que ella no juzgaba tales.

"Se introdujeron en forma clandestina, muchos impresos prohibidos, algunos de ellos hallados, más tarde, en bibliotecas privadas", agrega el señor Buonocore.

El cuentito de los libros clandestinos ha tenido suerte. Lo siguen contando con toda seriedad aun escritores de nota, no obstante ser un infundio por sus cuatro costados. No en algunas bibliotecas privadas, sino en todas o en la mayoría de ellas, y como la cosa más natural, se hallaban los escritos de Rousseau, de D'Alembert, de Bayle y de los demás corifeos de la revolución francesa y a ciencia y conciencia de la Inquisición habían penetrado en el país y existían en manos particulares. El terrible ogro inquisitorial no era, por cierto, lo que algunos simples se imaginan.

Después de estos asertos, pasa el señor Buonocore a ocuparse de las bibliotecas particulares que hubo en América y en el Río de la Plata, y en este punto su información es lastimosamente deficiente: se contenta con recordar a Melchor Pérez de Soto, cuya biblioteca fué una de las "más notables de las que existieron en América durante la época colonial". asevera el señor Buonocore, aunque sin aducir prueba alguna, a no ser por aquello de que "murió asesinado en la cárcel de la inquisición" y como es obvio la Inquisición sólo perseguía a los grandes sabios, que suelen ser los que poseen grandes bibliotecas. Por análoga razón poseyó una gran biblioteca un peruano, José Baquijano y Carrillo, de Lima, "y en la que, por supuesto, abundaban los ejemplares vedados". Ese "por supuesto" es bien significativo, y pone de relieve el espíritu que ha animado la redacción de estas páginas tan plenas de asertos contradictorios y desorientadores.

Ultima muestra:

"Los agentes del Santo Oficio realizaban visitas periódicas a las librerías y bibliotecas públicas, de las que secuestraban aquellos ejemplares —además de los consignados en el índice— que, según opinión del inspector, debían considerarse heréticos". Ni el Santo Oficio tenía tales inspectores, ni había libros del Índice puestos a la venta, ni había bibliotecas públicas, a lo menos en el Río de la Plata que es la región a que se refiere primordialmente el autor.

Por todo lo cual, ya puede colegir el lector que en la América, durante la época colonial ni había hombres ilustrados, y si los había, no tenían que leer, ya que la Inquisición en Sevilla y los inspectores de la Inquisición en Buenos Aires, acababan con todo lo que podía significar cultura y progreso. En síntesis es eso lo que asevera el señor Buonocore...

"No obstante todas las trabas comerciales (?), delaciones (?), y el ejercicio abusivo (??) de las omnímodas prerrogativas (??!!) de que estaba

investido el tribunal inquisidor, el libro circuló profusamente por todas las regiones del continente y "los colonos de América, en el aspecto cultural, leyeron cuanto apetecían..."

El flujo y reflejo de asertos tan contradictorios convierten las primeras seis páginas de esta obra en un rompecabezas inconcebible.

Quien, sereno, lee esos párrafos queda, a la postre, en una posición de misteriosa santidad.

Guillermo Furlong, S.I.

Santo Tomás de Aquino. — *Compendio de Teología.* — Traducción castellana de Dn. León Carbonero y Sol. Revisada y anotada por el R. P. Juan Rosanas, S.I., profesor de las Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel. "Colección Espiritualidad Cristiana". Volumen 8 y 8. Editora Cultural. Buenos Aires. 1943. 420 págs.

El *Compendio de Teología* de Santo Tomás de Aquino tiene el valor particular de haber sido redactado por el mismo doctor angélico, para ofrecernos un resumen de su obra maestra, la *Suma Teológica*. El mismo Santo Tomás nos declara el fin y división de la obra en el capítulo I con estas palabras: "Dirigiéndose el apóstol a los corintios, les enseña que toda la perfección de la vida presente, consiste en la fe, la esperanza y la caridad, tres artículos en que se compendia toda nuestra salud; tres cosas en que, como dice San Agustín, está basado el culto de Dios. Con el fin de ofreceros, mi querido hijo Reinaldo, un compendio de la doctrina cristiana, que podáis tener siempre a la vista, me propongo tratar en la presente obra, de estas tres cosas: 1º de la fe; 2º de la esperanza; 3º de la caridad".

Por estas palabras del doctor angélico sabemos que la obra fué dirigida a su compañero y secretario Fr. Reginaldo de Piperno; y que, aunque no tiene el mismo plan de la *Suma Teológica*, viene a ser un verdadero compendio de aquélla, lo que fácilmente puede comprobarse recorriendo los capítulos que Santo Tomás pudo escribir. Ellos coinciden con los artículos más importantes de la *Suma Teológica*, a veces con sus mismas palabras.

La obra no pudo ser terminada por Santo Tomás de Aquino; sólo la primera parte, que consta de 246 capítulos, y 10 capítulos de la segunda pudo escribir el Santo. Sin embargo, como quiera que la primera parte comprende lo que se refiere a la fe, viene a ser un hermoso compendio de todo lo que el cristiano debe creer.

Puede comprenderse, por lo que acabamos de indicar, el valor excepcional de esta obra del doctor angélico. Ella está escrita en los últimos años de su vida, y tiene por lo tanto la madurez de sus largos años de estudio, magisterio y experiencia.

La versión castellana de León Carbonero y Sol publicada en 1880 dejaba que desear en algunos pasajes, y por ello el trabajo de revisión del R. P. Juan Rosanas es particularmente laudable, así como las notas que de cuando en cuando ha ido ofreciendo al lector para que mejor pueda penetrar en algunos pasajes oscuros del Angélico. Además el R. P. Juan Rosanas ha traducido el capítulo 224, omitido por el Sr. Carbonero y Sol porque en él niega Santo Tomás de Aquino demasiado claramente la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen. En nota correspondiente nos explica el R. P. Rosanas que esta negación no implicaba en tiempo de Santo Tomás ninguna falla teológica, por cuanto no se había llegado entonces a una clara comprensión de este punto de la teología católica.

La Editora Cultural ha prestado un gran servicio a los lectores de habla castellana al incluir en la Colección de Espiritualidad Cristiana esta obra preciosa, contribuyendo a su mayor difusión.

M. Reina.

Flury, Lázaro. — *Güiliches*. — Tradiciones, leyendas, apuntes gramaticales y vocabulario de la zona pampa-araucana. — Imprenta de la Universidad. Córdoba, R. A. 1944.

El Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera", que con la dirección del Prof. Antonio Serrano, funciona en la Universidad Nacional de Córdoba, ha dado a publicidad el fascículo VIII.

En él, su autor, Lázaro Flury, recopila bajo el nombre de *Güiliches* (gente del ser), además de algunas leyendas, elementos para el conocimiento de la gramática y un vocabulario. Todo lo que acrecentará los conocimientos de esa región, sus pobladores y su cultura.

De tales elementos etnológicos y folklóricos ha de formarse el caudal místico, fecundador de la gleba, ahora amorfa, en donde se desarrollarán las simientes de las futuras narraciones heroicas.

El Ande, la llanura, los ríos y las tradiciones y leyendas de nuestro pasado, dialogarán un día en el grande poema teogónico en que deberá florecer nuestra cultura.

Vidal Ferreyra Videla.

Tertuliano. — *Apología del cristianismo.* — Traducción castellana del Ilmo. Fr. Dn. Pedro Manero, obispo de Zaragoza. Edición e introducción al cuidado de Estanislao Adyniec. "Colección de Espiritualidad Cristiana". Volumen 14. Editora Cultural. Buenos Aires. 1944. 208 páginas.

La *Apología del cristianismo*, (en su título completo, "Apología contra los gentiles en defensa de los cristianos"), constituye uno de los monumentos más importantes de la literatura patristica, y a la vez una de las fuentes de información más seguras y vivientes de la Iglesia cristiana de los primeros siglos y de las dificultades e incomprensión que hubo de soportar el cristianismo por parte del mundo pagano, y en particular de las autoridades romanas. Obra clásica, merecía los honores de una mayor divulgación entre nosotros, sobre todo teniendo a nuestra disposición una versión tan castiza y fiel como la del obispo de Tarazona, don Pedro Manero, publicada en Zaragoza en 1644 y reimpresa en Madrid en 1789. Reimpresión que ha sido el fundamento de la edición que ahora se publica.

En la introducción nos hace revivir en breves páginas el Sr. Estanislao Adyniec el ambiente histórico en que fué escrita esta obra, y juntamente algunos rasgos de la vida un tanto agitada y de la psicología peculiar de Tertuliano. Esta introducción guía perfectamente el lector en orden a una inteligencia del espíritu latente en toda la *Apología del Cristianismo*, y a la vez le previene frente a ciertas cualidades impetuosas, crudas y poco moderadas de la imaginación ardiente y de la expresión vigorosa del escritor africano.

La edición aparece cuidadosamente presentada con abundantes notas, revisadas y seleccionadas.

M. Reina.

Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades. — *Iconografía II.* — *Exposición de Daguerrotipos y Fotografías en Vidrio.* — 28 de agosto de 1944. — Galería Witcomb. Florida 760. Buenos Aires.

La muestra de que da cuenta el presente Catálogo, ha constituido un éxito de concepción y de realización.

Propiciada por el Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, que invitó a los poseedores de daguerrotipos a concurrir, se ha logrado numerar una apreciable cantidad de ejemplares, con cuyo conocimiento, se enriquece la historia propiamente dicha y la del arte que dejara aquella huella de época.

Acerca de la fecha de aparición del procedimiento, de su uso en Buenos

Aires, del valor documental y evocativo del mismo, una nota del señor Manuel Mujica Láinez, sirve de introducción.

Acaso una nueva exposición terminará de agrupar estos valiosos elementos documentales, por lo menos en esta ciudad Capital, ya que, no hay duda, las restantes ciudades del país, podrán exhibir muchos e interesantes ejemplares.

¡Silenciosa pero elocuente galería de luminosas sombras!

Proyectadas desde el fondo remansado de un lago, o del mágico e ilusorio de un espejo, vencedoras del tiempo, llegan hasta nosotros y nos *revelan sus nombres, sus aptitudes, sus gestos, hasta adentrarnos en su íntima compañía, remotísima...*

Vidal Ferreyra Videla.

Clavero, Angel, Sch. P. — *Fray José Antonio de San Alberto* — Obispo de Córdoba. — Imprenta de la Universidad — Córdoba, R. A. — 1944.

Córdoba seguirá dando, por mucho tiempo, copioso material para enriquecer sus caudales históricos. Esos caudales que desbordados sobre sus planicies, fecundan el humus generador, de donde salen todas las creaciones.

Por eso no hay forma o aspecto de la historia, que no salga de sus viejos y ricos repositorios, que no salga de la pluma laboriosa de sus investigadores y que no acrezca el conocimiento con excelentes noticias de su enorme pasado.

Por eso nos pareció exacto el simil del principio.

Nacen regatos, en la alta cumbre, y van golpeando sus aguas y engrosando sus avenidas y llenando las madres de los grandes ríos caudales, donde se abreban los que tienen sed de conocimiento.

Así nos imaginamos esta nueva y copiosa entrega del Instituto de Estudios Americanistas, de la Universidad Nacional de Córdoba.

La obra indudablemente excepcional del Obispo San Alberto, ha sido estudiada, ubicada en el tiempo y en el medio geográfico, y trabando elemento, se ha descubierto en relieve magnífico, el monumento que es galardón del artífice, gloria de la tierra favorecida, ejemplo para los venideros tiempos y material riquísimo, reunido por amorosa mano para formar con él estos comentarios que vienen a enriquecer la historia eclesiástica argentina y los fastos mismos de la República.

Vidal Ferreyra Videla.